



Con el palo en el bombo

Si han de juzgar después de que me muera de mi labor literaria, Dios me libre de los panegiristas inconscientes más aún que de los detractores sistemáticos. Porque aquel a quien le molesta la obra espiritual de un hombre y se revuelve contra ella, da a entender que ha sentido su eficacia y su valor, mientras que el panegirista a todo trance y costa, el que se atiene a los manidos tópicos de llamarle a algo «genial»—u otro calificativo igualmente impreciso, anfibológico y, a las veces, hasta contradictorio, pues que con él se dice lo contrario de lo que se quería decir—, ese panegirista suele, de ordinario, desconocer el valor de aquello que elogia. Pero parece que no acabamos de salir en crítica del terrible dilema de «o bombo o palo». Y es con palo con lo que se da en el bombo.

Este desahogo viene, lector, a cuento de que, a consecuencia, no de una crítica de Galdós, sino de una impresión que di en una conferencia sobre el efecto que en mi ánimo produjera la labor ingente del gran novelista, desde los días de mi mocedad, en que lloraba sobre las páginas de sus primeras «Novelas Contemporáneas», se han desatado contra mí, no los que no comprenden, sino los que no quiere comprender; los que estaban deseando una ocasión más para arremeterme y remachar la leyenda en que me envuelven.

«Debías haber guardado esos juicios para más adelante»—me ha dicho alguien—. Pues bien: ni eran, en rigor, juicios, pues que temo la misión de juzgar y me repugna dar sentencias, ni debe velarse la verdad de lo que se siente ante un cadáver reciente. Porque el escritor no muere.

Qué: ¿Querían que hubiese repetido la bombástica frase aquella: «de Cervantes a Galdós»? ¿Querían que hubiese echado sobre la tumba de éste, a modo de flores de trazo o de papel pintarrajeado, un montón de epítetos ponderativos? Aquí sí que cabe decir: «No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo».

Para más de uno, el palo con que ha estado dando en el bombo en honor y gloria de Galdós ha sido verdadero palo. Cuando se elogia desatentada y declamatoriamente a alguien cabe preguntar: «¿Contra quién va ese elogio?»

Novelistas ha tenido España en el último tercio del siglo XIX, y excelentes por cierto. Es que Galdós se ha elevado como tal por sobre Alarcón, Pereda, Valera, doña Emilia, Palacio Valdés, «Clarín», Picón, Blasco Ibáñez y otros, de tal modo, que los dejase como a pedestal de su gloria? ¡No! Es más; tomemos la que se estime ser la mejor novela de Galdós; comparémosla con la que se crea mejor de cada uno de los novelistas precitados, y, por nuestra parte, no nos atreveremos a darle la primacía a la galdosiana. Ateniéndonos ahora sólo a las de los muertos, no nos resolvemos a pe-

ner ninguna de las novelas de Galdós por encima de «El sombrero de tres picos» o «El escándalo», de «Sotileza», de «Pepita Jiménez», de «La Regenta», o de alguno de los cuentos estupendos clarinescos. Y es que en Galdós lo que domina es la obra total, el conjunto, la masa. El conjunto de sus novelas es todo un mundo, y aun cuando no haya ninguna de ellas que se destaque de las demás ni de las de los otros novelistas.

A Cervantes le habría bastado con el «Quijote» para ocupar el puesto que en el alma de España y del mundo todo civilizado ocupa, y aunque no hubiera escrito más. Lo que es otra cuestión que la de averiguar si habría escrito el «Quijote», de no haber escrito también todo lo demás que escribió. Y aunque «Los Novios», de Manzoni, fuera superior—como creemos muchos—a cualquiera de las novelas históricas de Walter Scott, la obra de éste es mucho más grande que la de aquél. Y no sólo en extensión, sino por la extensión, en intensidad también. La masa adquiere valor cualitativo. Ahí están las Pirámides para atestiguarlo. Y Galdós tuvo mucho de novelista piramidal.

¡Que no he vuelto a querer leer aquellas novelas galdosianas que me arrancaron lágrimas en mi mocedad! ¡Claro! Como no quiero volver a leer a Julio Verne. No quiero poner mi mano de hombre encanecido en luchas sobre el tesoro espiritual de mi juventud.

Otra cosa. Podrá ser la «Vida del Buscón», de Quevedo, una admirable novela, y, sin embargo, podrá repugnarnos el mundo que allí se describe. A mí, profundamente y hasta las basicas. Y de la misma manera, aunque la obra novelesca de Galdós sea un fiel espejo de la clase media urbana española de la Restauración y de la Regencia, podrá disgustarnos ese mundo inheroico, cuando no antiheroico; ese mundo que se asustaba de toda verdadera agrandezza; ese mundo que, por un terror pánico de tragedia, caía en el más arágico de los sainetes.

Es, acaso, faltar a la justicia decir, como ha dicho Alomar, que Galdós, el gran novelista, no fué un épico. Ni menos un lírico, añado yo. Y acaso por eso no sabemos que intentara nunca hacer poesía, lo que se llama específicamente así, o sea en verso.

Anteayer, cuando llegaron a mi casa tres o cuatro cartas estúpidas, me encontraba en las ruinas del monasterio de Yuste, en el lugar en que murió Carlos el Emperador, nuestro primer Habsburgo. La solemne soledad de aquel retiro era visitada por una lluvia que susurraba sobre los árboles. Allí está la caja vacía en que estuvo muchos años el cadáver del Gran Emperador. Y esa caja vacía dice más de su grandezza que pueda decir su sombra definitiva en ese museo de cuerpos de reyes muertos que es el triste y protocolario panteón de El Escorial.

Miguel de UNAMUNO.

